

UNAS LÍNEAS MÁS EN TORNO A LA GLORIA DE CÁCERES

Escribe: Juan José Vega

Fiel a las palabras del coronel Bolognesi fue Cáceres en la Gloriosa Resistencia de La Breña, porque hizo en las cordilleras lo que Bolognesi en el Morro del Océano: **pelear hasta quemar el último cartucho.**

Pero muchos sectores dirigentes del país nunca entendieron que el Perú no estaba aún vencido mientras Cáceres peleara con sus soldados y guerrilleros, mientras alcanzase numerosos pequeños triunfos sobre el invasor; no lo estaba, sobre todo, mientras en Arequipa existiese un ejército nacional, el del vicepresidente Lizardo Montero, el cual llegó a sumar diez mil soldados, contados los reservistas.

Los “*notables*” de Lima, los representantes de los círculos de poder social y económico, habían aceptado la derrota definitiva del Perú. Por eso nunca respaldaron a Cáceres y jamás pidieron a Lizardo Montero (al cual le habían dado el cargo de Jefe de Estado y como tal ejercía en los territorios peruanos libres del Sur) que le diese siquiera un contingente de esos batallones inmovilizados, tan inútilmente acantonados en los cuarteles arequipeños.

Las rivalidades políticas y los intereses personales pesaron más que el fin supremo de la Patria; cuyo cumplimiento Cáceres representó tercamente en nuestras serranías; y en vez de luchar se prefirió pactar.

Cegados por rivalidades y en pos de objetivos inmediatos, los círculos dominantes de un Perú sólo parcialmente vencido, fueron incapaces de observar siquiera las disensiones del invasor y las vacilaciones del gobierno chileno que llegó a discutir en Santiago el cese de la ocupación del territorio peruano y llevó el caso al Senado con la simpatía del presidente de Chile recién elegido y de hombres de tanto peso como Benjamín Vicuña Mackenna; esos círculos dominantes peruanos –dominantes, jamás dirigentes– tampoco trataron en esa hora trágica de recuperar al aliado boliviano; ni siquiera

supieron manejarse con sagacidad frente a las grandes potencias mundiales; sólo buscaron la paz en cualquier forma, sin acatar el ejemplo de Cáceres quien se oponía a la rendición incondicional y cobraba cada vez más vigor bélico en el momento en que Chile vacilaba en seguir ocupando nuestro territorio.

Esos círculos dominantes ya se habían dado por vencidos en enero de 1881; preocupados por sus intereses en juego, buscaron la paz, y rápido. Basta reparar en que el tratado de Ancón empezó a forjarse en enero de 1883. Por eso la lucha de Cáceres contra aquel acuerdo internacional, si tomamos la raíz, duró en verdad diecisiete meses; año y medio. Año y medio que conoció victorias e infortunios; supo la gloria de Huamachuco y el altivo sacrificio de Leoncio Prado.

Por un tiempo, mientras en Lima se negociaba la paz a cualquier precio, el Jefe de La Breña hasta consiguió pasar a la ofensiva y conviene rememorar esas páginas de la historia, no siempre recordadas.

Cáceres llega hasta el mar

Así, en tanto que los grupos oligárquicos mostraban una réproba conducta –en medio de la anarquía política más atroz que el país sufriese hasta entonces- Cáceres mantenía incólume la bandera de la resistencia patria, al extremo de alcanzar nuevos triunfos. Aun más, proeza estratégica increíble, Cáceres, tomando Chancay, bajó de los Andes al mar, burlando a los chilenos. Pero aún así, lejos de recibir el apoyo de los peruanos que tenían en sus manos la conducción política del país semiocupado, de ellos solamente tuvo inercia y repudio, casi siempre.

Breve síntesis

Compendiemos esos enrevesados acontecimientos sobre los cuales a menudo se ha tendido un velo que conviene despejar.

Enero de 1883 marca el inicio de los contactos permanentes entre emisarios de Miguel Iglesias y los chilenos. En febrero los dos bandos negocian mientras Cáceres sigue en brega. Y en mayo de ese mismo año se da el acuerdo

preliminar de Chorrillos entre los enviados iglesistas y Chile. En este mismo período –antes y después del pacto de Chorrillos- Cáceres está a la ofensiva, pero ni eso disuade a los que negocian cualquier paz. Cáceres entonces –como se dijo- tomó Chancay; y siempre guerreando contra los chilenos atacó Chosica, ocupó Canta, tomó Huarochiri; los obligó a retirarse allí donde llegaba; acorraló al coronel chileno León García en Tarma; sus hombres resistieron valientemente en Pasco; por último, Cáceres recibió los refuerzos de doscientos hombres que le llevaron Leoncio Prado e Isaac Recavarren. Nada de esto serviría sin embargo para frustrar el mencionado pacto de Chorrillos, base del tratado de Ancón.

Cáceres proyectó recuperar Lima

Precisamente, desde Canta, Cáceres, otra vez, habría de solicitar auxilio a Montero. Emociona leer esa carta fechada a fines de marzo de ese crucial 1883, a través de la cual ya ni siquiera pide hombres, apenas solicita rifles que perfectamente podían ser enviados por las serranías. Pide dos mil fusiles, socorro con el que aseguraba: **“recupero Lima, pues además haría obrar a diez o doce mil guerrilleros que están listos para el momento que los llame”**.

Pero sólo obtuvo el silencio como respuesta: sus soldados quedaron sin el auxilio; e inútil casi fue la general sublevación del valle del Mantaro donde, con armas primitivas, aguardaban la orden de Cáceres miles de campesinos, ávidos de repetir los triunfos de la contraofensiva de 1882.

Lo que se oculta

Circunstancia que a menudo se evita cuando se habla del tratado de Ancón es que en realidad este pacto final claudicante se gestó en Chorrillos, varios meses antes de los acuerdos suscritos en mayo de ese año de 1883, en la época de los triunfos de Cáceres (antes pues de Huamachuco), dentro de concesiones lesivas que venían negociándose entre chilenos e iglesistas, desde enero, nada menos.

Como bien ha dicho Basadre, **“el convenio preliminar peruano-chileno ajustado en mayo de 1883 en Chorrillos por los representantes de Iglesias, incluyó las estipulaciones principales del posterior tratado de Ancón. No fue bien recibido en el Perú. Los dirigentes chilenos decidieron entonces eliminar a Cáceres y Montero, para cortar así peligros que podían ahogar el grito de Montán y malograr la firma de la paz”**.

Así, de nada valieron para el Perú en ese 1883 las victorias logradas por Cáceres en La Breña, ni su ofensiva sobre el mar. Mas, para la historia, son páginas que nos legaron orgullo patriótico, dignidad y honor.

Montero no coopera: Huamachuco

El 10 de julio de ese 1883 sobrevino la batalla de Huamachuco, donde por más de un momento brilló la posibilidad de un nuevo triunfo; en cualquier forma, sus resultados habrían sido muy diferentes de haber recibido Cáceres los refuerzos pedidos a Montero, pero ya conocemos cuál fue la actitud de éste como Jefe de Estado que respondía al mandato de los *“notables”*: apenas doscientos hombres llegaron de Arequipa en apoyo del Héroe de La Breña. La división política hizo perder la campaña.

Luego de Huamachuco Cáceres –sin darse por vencido- reorganizó sus fuerzas y nuevamente solicitó varias veces refuerzos a Montero, quien aún tenía en Arequipa magníficos pertrechos y cuatro mil soldados inactivos, adecuadamente armados. Fracasó rotundamente en tal demanda, pero a pesar de tan adversas condiciones Cáceres continuó la lucha contra los invasores.

Ancón y los “malos elementos”

El 20 de octubre se firmó el tratado de Ancón. Cáceres, apenas tuvo noticia de tal acto lo repudió enérgicamente, insistiendo en solicitar refuerzos a Montero, sin conseguirlos. Aún así, prosiguió la lucha guerrillera, por ocho meses más,

con pequeños éxitos en el Centro y en Andahuaylas, abandonado casi por todos los que debieron darle apoyo.

Conviene explicar estos hechos con algún detalle; es justo que se conozca mejor esos diecisiete meses de lucha contra la paz que impuso Chile.

Respecto a la heroica tenacidad con la que Cáceres se opuso al dañino convenio de mayo celebrado en Chorrillos, es enaltecedor recordar que tras el infortunio de Huamachuco, antes de la firma del tratado de Ancón, el Jefe de La Breña escribió: **“El desastre sufrido, lejos de abatir mi espíritu, ha avivado, si Cabe, el fuego de mi entusiasmo”**.

Luego, al informarse del desgraciado arreglo, declaró: **“Cuando se ha pasado por Tarapacá y por Huamachuco no se puede retroceder sin mengua ni empañar con una monstruosa deserción las glorias que he podido conquistar para mi patria”**. Aún sin conocer en detalle sus cláusulas, Cáceres sabía que ese pacto no convenía a los intereses del país: **“... impuesto de la firma del tratado de paz de Ancón (20 de octubre de 1883), contramarché a Huancayo, para establecer allí mi cuartel general, dispuesto a proseguir la lucha”**.

Por esos mismos días, diarios de Lima –respaldando a Iglesias- pugnaban porque la opinión nacional apoyara el tratado y cesara la resistencia. Cáceres de seguro respondió a quienes así procedieron, pues escribió que nuestra desgracia se debía **“a los desaciertos de (los) dirigentes y a la menguada actitud de elementos pudientes que no supieron ni siquiera mantener firme hasta el último extremo la voluntad de luchar por la integridad territorial de la nación; y que, lejos de esto, coadyuvaron a la labor emprendida con inaudito refinamiento por el enemigo, dejando al ejército patrio no sólo sin apoyo alguno, sino restándole el que podían haberle proporcionado”**.

La caballerosidad del héroe no permitió conocer por sus nombres a aquellos **“malos elementos”** –así los calificó- muchos de los cuales se reclamarían siempre amigos de Cáceres, tanto más cuanto que éste luego les perdonaría tales faltas. Sin embargo, Cáceres los señaló de alguna forma para la historia:

“En el Sur, el ejército de Arequipa, fuerte de cuatro mil hombres, y sin haber prestado ningún servicio a la patria, se dispersó sin combatir. En el Norte, se proclamó la paz a todo trance, aceptándose las cláusulas de paz del invasor. En la capital de la república, gente acomodada que al principio deseaba la guerra, abominaba de la resistencia armada y sólo pensaba en poner a salvo sus personas y sus bienes con el advenimiento de la paz”.

Cáceres, nadie puede discutirlo (y no está bien soslayarlo) deploró el lesivo tratado y prosiguió la heroica resistencia. Pero no tuvo sostén de aquellos que, por su posición económica, estuvieron en capacidad de apoyarlo. Los grupos dominantes, y sus voceros en los periódicos, dieron casi todos soporte al pacto; contribuyeron a consolidar el desaliento y una imagen derrotista, principalmente cuando en un diario tildado de *“serio”* se llamó **“el primer fruto de la paz de Ancón”** a la toma de Arequipa por los chilenos, de la cual tanto se dolió Cáceres. Precisamente, el testimonio incontestable del héroe apoya nuestras aseveraciones: **“Poseo, pues, la firma convicción –dijo Cáceres- que de haber encontrado la campaña de la resistencia apoyo decisivo y unánime de todos los sectores del país, especialmente de la clase acomodada, el invasor hubiérase visto compelido a renunciar a sus pretensiones... (y) la renovada resistencia armada... habría conducido a una paz que, por cierto, no habría sido jamás, nunca, la de Ancón”.**

La tenacidad del Héroe

Amagado Cáceres por tropas del gobierno títere impuesto y armado por el invasor y atacado a la vez por los chilenos, prosiguió empero la resistencia después de Ancón, por casi nueve meses más, como se ha dicho, que en verdad fueron trece si atendemos a las negociaciones de Chorrillos entre los chilenos y los iglesistas y diecisiete si sumamos –lo cual es correcto- desde el mes de enero de 1883, en que, tal como lo subrayamos líneas arriba, se iniciaron las conversaciones que terminaron con el infausto tratado.

Durante todo ese lapso, mientras combatía el Jefe de La Breña, recibió cartas de varios de sus “*amigos*” que le sugerían aceptar el tratado de Ancón y el propio Iglesias le escribió en tales términos. A todos ellos Cáceres respondió con la severidad que le era característica.

Mientras, principalmente en Lima, ciertos elementos pugnaban porque se aceptaran las condiciones impuestas por el agresor extranjero, Cáceres escribía: **“procuraré mantener siempre viva la llama de la fe y del entusiasmo patriótico, conservando asimismo inalterable el orden en el seno de los valerosos pueblos que sostienen la bandera de la resistencia patria...”**.

En ese lapso, también, Cáceres obtuvo nuevas pequeñas victorias, ahora en guerra contra los chilenos y contra otras fuerzas amparadas por Chile. Incluso obligó a retirarse a la división chilena de Urriola que había subido a los Andes y la cual tuvo que regresar a Lima sin lograr su objetivo.

Irónicamente, son varios los publicistas que dejan de lado toda esa cruenta y heroica epopeya, apenas para decir que Cáceres reconoció y aceptó el tratado de Ancón, lo cual es inadmisible, por decir lo menos.

El “hecho consumado”

Luego de combatir el tratado de Ancón, sangrientamente, por más de ocho meses; después de diecisiete meses de guerra a muerte contra quienes buscaban la rendición del Perú; luego de agotar todos los medios posibles para cambiar el criterio de aquellos que negociaron y aceptaron sin reparos el nefasto acuerdo, defendiéndolo después, consolidándolo con tropas de Lima; luego de ver peruanos que equipados y armados por Chile subían a los Andes para combatir a los de la heroica resistencia; luego de saber que –como lo escribió Ricardo Palma- algunos círculos de Lima festejaban como victorias algunas matanzas de guerrilleros caceristas; luego, en fin, de sentirse abandonado definitivamente por la gente más encumbrada del país, Cáceres no tuvo más alternativa que adoptar una actitud digna frente a los hechos objetivos, aceptando lo de Ancón pero conminando al invasor extranjero a

retirarse de la sierra, anunciándole que de lo contrario renovaría las hostilidades.

Cáceres no era Dios. Sus esfuerzos tuvieron un límite y éste lo marcaron, precisa y desgraciadamente, muchos de sus compatriotas, exactamente aquellos que se opusieron a continuar la resistencia; aquellos que le negaron siempre un refuerzo. En circunstancias de aniquilamiento y ruina del país, causados en gran parte por los grupos derrotistas, sin recibir auxilio de nadie, finalmente el valiente adalid patriota hubo de resignarse a reconocer el tratado de Ancón como **“un hecho consumado”** –así lo llamó-, consumado contra su voluntad, decisión que tomó recién el 6 de junio de 1884, vale decir y es preciso recalcarlo, después de haberlo combatido tenazmente a sangre y fuego por espacio de tanto tiempo –desde que se gestara-, peleando en el marco de impecables condiciones, afrontando toda suerte de adversidades, con un indoblegable patriotismo.

Contrapuestas actitudes

Tras el tratado de Ancón hubo así en el Perú actitudes totalmente contrapuestas. En tanto la mayor parte de la oligarquía peruana de ese tiempo y sus voceros periodísticos celebraban la firma del tratado del oprobio, otras cosas sucedían lejos de Lima, en las breñas andinas. Allá, de pueblo en pueblo, seguían empuñando tercamente la sagrada bandera de la patria, Cáceres y sus seguidores, bravos combatientes, hombres y mujeres del Perú Profundo.

A veces lo recibían, como ocurrió en Chiquián (y lo cuenta el historiador Rubén Vargas Ugarte) con canciones que habrían de vivir por siempre, como testimonio de que en medio de tantos quebrantos, hubo quien mantuvo incólume el honor de la nación.

Entre esas melodías anónimas, de versos cantados a la luz de las fogatas de los campamentos por esos hombres de hierro y guitarra, escogemos un cantar de profundo simbolismo popular, entonada aun en medio del desastre, tras Huamachuco, cuando Cáceres, indesmayable, iba camino al Sur, para levantar un nuevo ejército cuando en Lima se ultimaban los detalles del fatídico tratado

entreguista. La entonaban los guerrilleros de Luis Pardo, con los siguientes versos:

**“Cuando el peruano pelea y pierde
no desespera de la victoria,
porque en coraje crece y se enciende
y en nueva empresa verá La gloria.**

**¡Oh, patria mía!, no me maldigas
porque al chileno no lo vencí,
que bien quisiera haber perdido
la vida entera que te ofrecí.**

**Mas queda un bravo, noble soldado,
que aquí en La Breña luchando está,
tú eres, ¡oh, Cáceres! Nuestra esperanza,
¡Tu fe y constancia te harán triunfar!**